

**Martha Zapata Galindo**

**Modernización, poder y cultura:  
cambios en la relación  
de los intelectuales mexicanos  
hacia la política, el gobierno y el Estado**

La relación de los intelectuales con el poder se puede entender analizando el desarrollo y la estructuración del “transformador” que permite a la ciencia y la cultura comunicarse con la política (Bourdieu/Wacquant 1996: 136). Dicho transformador está constituido de actores sociales e instituciones que producen discursos según un contrato cognitivo que funda tanto el conocimiento científico en los criterios teóricos y metódicos, como la producción cultural, que se basa en parámetros estéticos (Bourdieu 1998a: 29). El transformador se articula como un campo en el que existe una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones determinadas por la posesión de los diferentes tipos de poder: económico, social y cultural y no es otra cosa que la estructura que surge de las relaciones entre distintas posiciones de poder. Una de sus características principales radica en la autonomía relativa que puede alcanzar frente a otros campos y ante todo frente al político.

La autonomía relativa se expresa mediante la facultad de traducir planteamientos sociales, políticos y económicos externos en tal forma que las coerciones que vienen del exterior desaparezcan y no sean reconocibles dentro de la lógica específica de las disciplinas científicas y las prácticas culturales. Para que el campo científico y/o cultural pueda ser considerado como relativamente autónomo necesita, según Pierre Bourdieu, cumplir con los siguientes requisitos:

1. En primer lugar deberá poseer una lógica propia que se derive primero de la historia de los discursos y prácticas específicas que

construyen el campo y que, en segundo lugar, se constituya como criterio absoluto para la acumulación de capital simbólico.<sup>1</sup>

2. Las influencias externas como la social, económica o política deberán tener acceso al campo exclusivamente a través de la lógica immanente a las disciplinas científicas y prácticas culturales.
3. La competencia entre instituciones y actores será sancionada exclusivamente por las formas para censurar el discurso y las prácticas científicas y culturales independientemente de sanciones de tipo social o político (Bourdieu/Wacquant 1996: 37; Bourdieu 1998a: 19).

La relación de los intelectuales mexicanos con el poder se puede entonces reconstruir conforme al vínculo que éstos han tenido con el campo político, en otras palabras, al tipo de autonomía relativa que la ciencia y la cultura ha desarrollado frente a la política, al Estado y al gobierno. Tal relación se han modificado en México en los últimos treinta años a raíz de la modernización de las relaciones económicas, sociales y culturales, y a partir del proceso de democratización que se inició en los años ochenta. Existen dos rasgos principales que han contribuido a determinar el vínculo de los intelectuales con la política, el gobierno y el Estado. En primer lugar está la relación simbiótica que han tenido con el Estado y que se funda en la dependencia material y simbólica del campo intelectual de la política y la falta de autonomía relativa que se deriva de ella (Camp 1988: 30-52; Zapata Galindo 2002: 59-69). En segundo lugar tenemos las relaciones recíprocas de lealtad que estructuran a los grupos de intelectuales y políticos<sup>2</sup>

---

1 Bourdieu (1998b: 173) define el capital simbólico como la forma que toman los diferentes tipos de capital en un contexto histórico específico, cuando existen esquemas de pensamiento, de percepción y de acción específicos, que son producto de la incorporación de estructuras sociales existentes. El capital simbólico es entonces la resultante de la combinación de tres formas constitutivas de capital: cultural, social y económico. El capital cultural consiste en la educación y los títulos académicos reunidos, así como el poder universitario acumulado por puestos administrativos o cargos políticos dentro del sistema cultural. El capital social se deriva de la pertenencia a una clase y del *habitus* que se adquiere dentro de ésta. El capital material se refiere al capital económico que se puede heredar al pertenecer a familias de las élites económicas del país (Bourdieu 1992a: 49-80; 1992b: 155-164).

2 En el proceso de su formación, los intelectuales se organizan en México en grupos que se entrelazan con redes de políticos. Este entrelazamiento es muy

que son más importantes que cualquier principio o posición teórica o moral que sostengan los intelectuales e inciden sobre la forma en que se otorga el reconocimiento simbólico, se alcanza el prestigio y se adquiere la prominencia intelectual (Camp 1991: 551-568; Lomnitz 1995: 125-175; Hernández Rodríguez 1997: 691-739).

El campo intelectual incluye distintos niveles de agregación, por lo que se puede hablar de varios subcampos: el científico, el universitario, el cultural o el literario, dentro de los que se desarrollan determinadas instituciones, prácticas y discursos. El campo científico incluye por ejemplo a las disciplinas científicas, así como a los mecanismos para su producción y reproducción; el universitario a las facultades, escuelas e institutos de investigación dentro de las cuales se articulan las prácticas académicas; el cultural abarca a todas las instituciones que se encargan de la producción, reproducción, circulación y distribución de las mercancías culturales y el literario reúne a la totalidad de instituciones que se encargan de la elaboración y consagración de las obras literarias.

Si partimos de la dependencia del campo intelectual de la política estatal como uno de sus rasgos determinantes, hay que plantearse la pregunta acerca de si esta dependencia, que ciertamente dificulta el avance de conceptos científicos y proyectos culturales, impide el desarrollo de una autonomía relativa, o si más bien nos encontramos frente a un proceso más complejo de carácter híbrido en el que se pueden observar algunos elementos que indican la presencia de una autonomía relativa aún no consolidada, al mismo tiempo que coexisten con algunas dimensiones que indican que hay una distancia entre el campo intelectual y el político, pero aún no se configura una separación clara entre ambos. Si partimos de los indicadores de autonomía de un campo, como son la existencia de una lógica propia que surge de la historia inmanente del propio campo y que sirve para definir la estructura del capital simbólico, para mediar la injerencia de los factores exterior-

---

importante, ya que el Estado mexicano, por lo menos hasta principios de los años ochenta, reclutaba tradicionalmente de estos grupos políticos dentro de la Universidad Nacional a sus fuerzas dirigentes y a sus trabajadores administrativos y técnicos. En este contexto el éxito profesional, entendido como la acumulación de capital simbólico, estaba determinado en gran medida por la pertenencia a un grupo específico y las relaciones que éste tenía con las redes de políticos o intelectuales más poderosos dentro del sistema político y cultural (Camp 1988: 132-164).

res, ya sean políticos o económicos, y para sancionar a las instituciones, a los actores y discursos que configuran el campo, entonces podemos decir que el campo intelectual se ha desarrollado en México en el siglo XX siguiendo el siguiente patrón: de presentar una fuerte dependencia de conflictos externos de carácter social y político, se ha pasado a una etapa con un grado mayor de independencia hasta llegar a tener una autonomía relativa, en la que la dependencia de factores externos, sobre todo de los políticos, decrece, aunque nunca desaparece completamente. Estos momentos coinciden con tres etapas del proceso de institucionalización y profesionalización de la ciencia y la cultura de 1930 a 1970, de 1970 a 1988 y finalmente de 1989 a 2000.

La primera etapa que va de 1930 a 1970 se caracteriza por la fuerte ingerencia del Estado en los procesos de institucionalización y profesionalización de la ciencia y la cultura. Aun cuando el campo intelectual dependía del Estado, los actores sociales tenían la posibilidad de desarrollarse con bastante libertad siempre y cuando actuaran dentro de los parámetros establecidos. En general se puede observar en esta fase que las instituciones, las prácticas y los discursos se someten entonces a las determinaciones políticas.

En México se logró fortalecer, después de la Revolución, un sistema político autoritario y central, basado en el poder de un partido de Estado y un ejecutivo, que a través de la figura del presidente, dominaba el poder legislativo y el judicial, y que no permitía otras vías legítimas para la acumulación de capital económico, la apropiación de los recursos colectivos, o del capital político<sup>3</sup> que no fueran las que emanaban del poder ejecutivo. Los miembros de la élite política, que a raíz de la posición baja que ocupaban en la jerarquía política, estaban restringidos en sus posibilidades de aumentar su capital, recurrían a menudo a prácticas corruptas. Lo importante aquí era el hecho de que partiendo de la posición dominante del ejecutivo, sólo un pequeño

---

3 El estudio de la relación de los intelectuales con el poder requiere agregar a los tres tipos que configuran el capital simbólico (cultural, social y económico) una cuarta forma de capital. Se trata del capital político que en el caso de México desempeña una función especial y que puede entenderse como una forma específica de capital social que aparece en ciertas formaciones sociales como principio característico de diferenciación. El análisis de este tipo de formaciones sociales revela que se trata de sociedades en las cuales el capital económico juega un papel secundario y a veces marginal en comparación con el social o cultural para la acumulación de capital simbólico o prestigio (Bourdieu 1998a: 18-32).

número de políticos tenían el control sobre una gran parte de los recursos nacionales. Como el partido de Estado que se encontraba en el poder desde 1929<sup>4</sup> se había estructurado mediante un principio de rotación, que daba acceso al poder y a los recursos a todas las fracciones de la élite política, sus miembros tenían que abandonar los puestos políticos más importantes dentro de la burocracia cada seis años (Smith 1981: 60-76). Esto propiciaba las prácticas de corrupción y al mismo tiempo fomentaba una estructura de negociación que permitía renovar constantemente las redes y las alianzas de poder (Suárez Farías 1991; Medina Viedas 1998). La monopolización del acceso a los recursos y la centralización del poder político explican en gran parte la falta de autonomía relativa del campo intelectual, así como la importancia del capital social y político para la apropiación del capital simbólico, que se sustenta en las redes de parentesco y amistad.

La demanda de técnicos y especialistas, producto del desarrollo del país, la diversificación de las tareas sociales a resolver por el Estado posrevolucionario y el crecimiento de los aparatos estatales tuvieron grandes efectos sobre la modernización y la expansión del sistema educativo, universitario y cultural. Se establecieron nuevas disciplinas científicas e institutos de investigación y se crearon centros para la producción y el fomento de las manifestaciones culturales en sus diversas formas. El gobierno mexicano decidió entonces someter el desarrollo tecnológico, científico y cultural del país a las necesidades de la política económica de desarrollo (Valenti Nigrini 1990: 431-470). El Estado intervencionista mexicano no sólo monopolizó el ejercicio del poder a través de un sistema populista basado en estructuras corporativas y clientelistas, sino que también participó en la planeación y regulación de la economía y el desarrollo social. Requiriendo para esto especialistas y no encontrándolos en el mercado de trabajo, tuvo que convertirse en un Estado promotor de la educación y de la ciencia. Al mismo tiempo que se constituyó como un Estado autoritario y sin estructuras democráticas, en el que el estado de derecho nunca se pudo consolidar, utilizó entonces a la ciencia, en especial a las ciencias sociales y humanas, así como a los productores de la cultura

---

4 En el año 1929 se había fundado el Partido Nacional Revolucionario (PNR) que en 1938 se convertiría en Partido Revolucionario Mexicano (PRM), para finalmente ser reestructurado en 1946 y bautizado como Partido Revolucionario Institucional (PRI).

para legitimar sus acciones. Para esto transportó las dimensiones centrales del sistema político, como el clientelismo y el corporativismo al campo intelectual. Aquí estos elementos se convirtieron, aun cuando de una manera diferente, en momentos estructuradores de ciencia y cultura. Por esta razón los grupos de intelectuales basados en relaciones de lealtad recíprocas se convirtieron en el fundamento de las relaciones dentro del campo intelectual y este último se orientó desde un principio a las necesidades del Estado descuidando su propia constitución y lógica interna. Su dependencia de la política dificultó además el desarrollo de conceptos culturales y científicos autónomos y afianzó el encadenamiento de los intelectuales con el Estado, produciendo formas especiales de vinculación entre grupos de intelectuales y políticos (Zapata Galindo 2002: 33-58).

No sólo los mecanismos para la acumulación de prestigio y poder cultural o científico permanecieron sometidos a los designios estatales, sino también el desarrollo y el funcionamiento de las organizaciones corporativas representantes de los intelectuales como las sociedades, asociaciones y gremios profesionales. Tales organizaciones fracasaron por esto en su intento de realizar tales tareas, como las de monopolizar campos de acción específicos, apoyar el prestigio y desarrollar una ética profesional. En el Estado corporativista no había lugar para organizaciones que estuvieran fuera de los sectores del partido de Estado. La representación de intereses sólo era posible mediante los canales tolerados por el sistema político. Esto no significa, sin embargo, que la política dentro del partido de Estado o del gobierno fuera controlada de una manera absoluta desde arriba. Dentro de los canales establecidos había espacio para pronunciar demandas específicas, aun cuando se impedía la articulación de ciertos intereses. En este contexto había muchas organizaciones que sometiéndose a los dictados políticos eran favorecidas por el Estado como interlocutores y utilizadas como apoyo para las negociaciones en situaciones conflictivas. A partir de los años setenta la crisis de legitimidad que acusa al sistema político obliga al Estado a permitir la existencia de organizaciones fuera del partido de Estado, pero logra siempre someterlas a las políticas tradicionales de negociación.<sup>5</sup>

---

5 Acerca de los mecanismos de negociación en el contexto de la política populista en México, véase Braig (1999).

La organización de grupos intelectuales que desarrollaban relaciones estrechas con los políticos era decisiva para el desarrollo profesional, para garantizar la integración a los aparatos estatales y finalmente para poder controlar el acceso a los recursos culturales y la distribución de las mercancías simbólicas (Lomnitz 1976: 20). Basándose en la dinámica del sistema político, los grupos de intelectuales entretejieron sus espacios de acción con el poder del ejecutivo, ya que era el único que podía garantizar el acceso a los recursos materiales y simbólicos (Camp 1996: 261-284).

En los años sesenta, los grupos de intelectuales empezaron a distanciarse del nacionalismo estatal y a desarrollar formas alternativas de nacionalismo cultural. En esta fase buscaron nuevos caminos para darle expresión a los cambios sociales producto de la industrialización (Monsiváis 1976: 413-419, Sefchovich 1987: 241-254). Aquí aparecieron las primeras señales de lucha por una autonomía relativa dentro del campo intelectual, sin que fuera necesario arriesgar una ruptura violenta con el sistema político. Hasta aquí los intentos de los intelectuales para organizarse en grupos fuertes y duraderos con un proyecto intelectual propio no habían tenido mucho éxito. Esto se debía en parte a que el Estado controlaba la mayor parte de los recursos culturales, con lo que se podía obstaculizar el desarrollo autónomo del campo intelectual. Los proyectos que nacieron en el seno de la Universidad Nacional, por ejemplo, no pudieron superar las fronteras académicas. Los periódicos que se constituyeron como un terreno privilegiado para las actividades de los intelectuales estaban controlados también indirectamente por el Estado.<sup>6</sup>

La derrota sangrienta del movimiento estudiantil en 1968 marca un giro en la vida cultural de México, ya que de ésta se desprendieron una serie de cambios en el campo cultural y el político. La gran mayo-

---

6 Hasta principios de los años noventa el Estado tenía instalados una serie de mecanismos de control en la Secretaría de Gobernación que podían limitar a la prensa y los medios de comunicación electrónica en sus libertades. Tres ejemplos de estos mecanismos son: 1. El monopolio sobre importación, distribución y venta del papel a través de la empresa paraestatal PIPSA; 2. La participación fuerte del Estado en el financiamiento de la prensa, la radio y la televisión mediante inversiones en anuncios y 3. Los mecanismos tradicionales de cooptación que se implementaban sobornando a los trabajadores en medios de comunicación masiva, o las estrategias represivas que iban desde el atemorizar hasta asesinar periodistas.

ría de los prominentes intelectuales se solidarizó con el movimiento y condenó la masacre del 2 de octubre. Algunos fueron encarcelados por haber sido considerados autores intelectuales del movimiento,<sup>7</sup> otros solamente agredidos por la prensa pro gubernamental,<sup>8</sup> los más famosos hicieron pública su protesta.<sup>9</sup> También existieron los que callaron y los que apoyaron abiertamente al gobierno.<sup>10</sup> La relación simbiótica que había dominado hasta entonces el vínculo entre los intelectuales y el Estado empezó a resquebrajarse. Los intelectuales empezaron entonces a cuestionarse su dependencia material y simbólica del Estado.

La segunda etapa que va de 1970 a 1988 coincide con el momento en que el Gobierno intenta dar una solución a la crisis de legitimidad y a la pérdida de hegemonía del partido de Estado y su sistema político después de 1968, a través de una intervención y un control de la economía y de una inversión masiva en la expansión del sector educativo. La consecuencia inmediata de esto fue el mejoramiento de la infraestructura educativa que impulsó el establecimiento de la investigación e intensificó la producción científica, así como fomentó el desarrollo creativo y artístico. Aunado a esto se produjo un crecimiento del mercado académico y cultural de trabajo, que permitió al gobierno cooptar al potencial intelectual para el proyecto de relegitimación estatal. Todo esto contribuyó a su vez a acelerar la profesionalización de las actividades científicas y culturales, con lo que se sentaron las bases para la modernización del sector educativo y cultural que el Estado llevaría a cabo en los años posteriores. Durante esta fase se desarrolla por primera vez en el campo intelectual una conciencia acerca de la necesidad de una autonomía relativa, sin que se genere un cuestionamiento o una ruptura de los vínculos concretos que se tienen con el

---

7 Tal fue el caso de José Revueltas, Manuel Marcué Pardiñas, Eli de Gortari y Heberto Castillo.

8 Algunos ejemplos de estos son Luis Villoro, José Luis Ceceña, Ricardo Guerra, Rosario Castellanos, Carlos Monsiváis y Juan García Ponce.

9 Octavio Paz renunció a su puesto de embajador en la India. Carlos Fuentes denunció junto con otros intelectuales latinoamericanos en una carta abierta a Arthur Miller y Maurice Béjart, del 9 de octubre de 1968, en *Le Monde* la represión del gobierno mexicano contra los estudiantes. Más tarde se unieron a estas voces Fernando Benítez, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Vicente Rojo (Volpi 1998: 327-380).

10 Como intelectuales cercanos al gobierno, Agustín Yáñez, Mauricio Magdaleno, Martín Luis Guzmán, Jaime Torres Bodet y Salvador Novo condenaron al movimiento estudiantil (Volpi 1998: 412).

Estado. Los intelectuales empiezan también a luchar por el control sobre la producción, distribución y venta de las mercancías simbólicas, que hasta entonces habían estado bajo el control absoluto del Estado.

El entrelazamiento del campo político e intelectual, que había dominado hasta ese momento las relaciones de ambos, había llevado a los intelectuales a aceptar la lógica del sistema político para poder ganar el espacio necesario para sus actividades intelectuales. La constante lucha por el acceso a los recursos culturales les permitió cada vez más ir adquiriendo poder sobre la producción y reproducción de las mercancías culturales. Hasta 1968 el Estado había tenido el control sobre las universidades, editoriales, periódicos, la televisión, la radio y la industria del cine. Paralelamente a esta reestructuración del campo intelectual, el Estado empezó a reducir su control sobre el espacio cultural, desarrollando al mismo tiempo nuevos mecanismos para seguir ejerciendo presión sobre los diferentes grupos de intelectuales. Una de las nuevas estrategias estatales después del 68 consistió en abrir los espacios políticos, sociales y culturales para permitir una mayor actividad a los diferentes grupos sociales, sin por esto perder el control sobre ellos. Así fue como el echeverrismo<sup>11</sup> favoreció el proceso de desarrollo de la autonomía del campo intelectual, dando a los actores sociales una mayor libertad para expresar sus críticas a la política estatal.

La autoconciencia de los intelectuales, que se vio fortalecida por el movimiento estudiantil, les permitió pensarse más distantes frente al Estado, así como plantearse estrategias para tratar de resolver el problema de su dependencia económica y política. Se iniciaron entonces nuevos proyectos culturales en torno a revistas y periódicos, buscando, aunque sin lograrlo plenamente, diversificar las fuentes de financiamiento para no depender absolutamente del inevitable apoyo estatal. Esta diversificación fue posible en parte porque el partido de Esta-

---

11 El concepto de echeverrismo se refiere a los diferentes grupos de actores sociales que participaron en la concepción y realización del proyecto de reestructuración social, política y cultural que se llevó a la práctica durante el sexenio 1970-1976 en México. Se trata de políticos, empresarios, científicos, intelectuales y tecnócratas, que al lado del presidente Luis Echeverría contribuyeron a modernizar y reestructurar la política estatal en diversos sectores como respuesta estratégica para recuperar la hegemonía perdida a raíz de las crisis económicas y de legitimación.

do estaba fragmentado en diversas fracciones, a las que los intelectuales pudieron recurrir buscando apoyo financiero, evitando con esto ser subordinados por parte del grupo en el poder.<sup>12</sup> Este proceso culminó con la discusión en torno al papel del intelectual frente al poder, en la que destacaron cuatro posiciones que intentaban resolver la contradicción que existía entre la dependencia material y simbólica del Estado y la autonomía relativa en la cultura que los intelectuales aspiraban llegar a alcanzar. Dicho de otra manera, los intelectuales se planteaban la siguiente pregunta: ¿cómo llegar a tener acceso a los recursos culturales que estaban aún controlados por el Estado sin hacerse dependientes de él?

La primera posición que se desarrolla en este debate creía poder resolver el problema de la dependencia de los intelectuales del Estado realizando la siguiente operación discursiva: había que separar al intelectual como tal del ciudadano. El intelectual no debería entonces de hablar en nombre de instituciones o grupos, ni dar expresión a proyectos ideológicos en su producción científica o cultural. Como ciudadano, sin embargo, podía dar expresión a sus convicciones políticas y hasta debería elaborar proyectos de política cultural. Cuando éstos coincidieran con las políticas del gobierno, no debería entonces temer el perder por esto su autonomía frente a la política, ya que sólo se estaba comprometiendo el ciudadano y no el intelectual.<sup>13</sup> Una segunda posición partía del papel revolucionario del intelectual y no separa al intelectual del ciudadano. La tarea de ambos consistía entonces en formular un proyecto político alternativo al del Estado y tratar de llevarlo a la práctica.<sup>14</sup> La tercera posición se consideraba a sí misma también como revolucionaria y partía de la necesidad de transformar el proyecto político estatal desde el interior del mismo, participando

---

12 Un ejemplo de esto lo tenemos en el caso del grupo de intelectuales en torno a Emilio Martínez Manatou, secretario de Gobernación del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Miembros de este grupo eran Enrique González Casanova, Víctor Flores Olea, Gastón García Cantú, Horacio Labastida, Francisco López Cámara y Gustavo Romero Kolbeck, entre otros. Martínez Manatou motivaba a estos intelectuales para que criticaran al presidente de la República y a la fracción en el poder, al mismo tiempo que recibía el apoyo de aquéllos en su campaña para lograr la sucesión presidencial en 1968 (Castañeda 1999: 45-46).

13 Esta posición era defendida ante todo por Octavio Paz, Tomás Segovia y Gabriel Zaid (Fuentes et al. 1972: 21-28).

14 Luis Villoro defiende esta posición (*ibid.*).

activamente en la definición, implementación y crítica de las políticas estatales, ya fueran éstas sobre cultura o no.<sup>15</sup> La última posición, que contaba con un menor grado de aceptación, coincidía con la primera en que rechazaba la función legitimadora de la política estatal. Ambas posiciones pretendían establecer un espacio autónomo en el que los intelectuales pudieran elaborar sus propios proyectos con libertad. Se distinguían en el hecho de que esta última no se conformaba con el establecimiento de un seudoespacio público de carácter elitista y exclusivo para los intelectuales, sino que buscaba la apertura de este espacio para la participación de las mayorías. Por eso es que alcanzaba a ver el engaño que hay en la separación entre el intelectual y el ciudadano: el ciudadano no tenía los derechos de los que gozaba el intelectual, afirmaba Carlos Monsiváis defendiendo esta argumentación, y por esa razón no había que confundir la libertad de algunos individuos con la libertad en el país. También cuestionaba la posibilidad de articular un punto de vista en la cultura que fuera libre de toda influencia política, así como el papel revolucionario y disidente de la ciencia, la literatura y el arte (Fuentes et al. 1972: 22-28).

La discusión giró en torno al tema de la relación de los intelectuales con el poder y a la necesidad de defender la autonomía relativa del campo intelectual. Se establecieron diversas estrategias para enfrentar al Estado y a los grupos en el poder, sin tematizar directamente la problemática acerca del acceso de los intelectuales a los recursos culturales en manos del Estado, de su dependencia material del mismo y de las consecuencias de aquélla para la política y para la estructura del mundo intelectual.<sup>16</sup>

En la tercera etapa que va de 1989 a 2000 el propio Estado contribuye masivamente al desarrollo de la autonomía relativa del campo intelectual. En el contexto de la reestructuración neoliberal de la eco-

---

15 En este sentido argumentaban Carlos Fuentes, Gastón García Cantú y Víctor Flores Olea (*ibíd.*).

16 José Luis Pacheco es el único que hace referencia al dilema de la dependencia económica de los intelectuales y constata con resignación que no hay solución para éste, ya que las alternativas, como el caso de la iniciativa privada, o de los consorcios culturales transnacionales, no ofrecen salida alguna de esta situación, ni garantizan las condiciones adecuadas para que se dé la autonomía del campo intelectual (*ibíd.*).

nomía mexicana, el salinismo<sup>17</sup> elaboró un proyecto de modernización para la ciencia y la cultura que se apoyaba en parámetros distintos a los de la etapa anterior. Entre 1989 y 1994 se trató de realizar tres metas: descentralizar, planear con eficiencia y elevar la productividad de la educación, la ciencia y la cultura. Para esto se introdujeron mecanismos especiales como premiar el rendimiento, el fomento de la calidad individual e institucional y se impulsó la cooperación entre la ciencia, la cultura y el sector productivo de la nación, por lo que se empezó a fortalecer a las diferentes corporaciones y gremios dentro del campo científico, universitario y cultural, para que se constituyeran como actores de negociación frente al sector productivo (Gilardi 1992: 119-134; Villaseñor García 1992: 127-128; Luna 1997: 63-70). El Estado conservó, sin embargo, el poder sobre la definición de la política científica y cultural, sobre los instrumentos de control sobre el financiamiento de las instituciones y los proyectos culturales, sobre el sistema de premios y reconocimientos a los científicos y creadores artísticos, así como sobre las corporaciones y gremios representativos de los intelectuales.<sup>18</sup>

En los años setenta se articulaban los grupos de intelectuales en torno a revistas (*Política, Revista de la Universidad*) y suplementos de los periódicos (*México en la Cultura y La Cultura en México*), así como en las universidades (Casa del Lago y el Departamento de Difusión de la Universidad Nacional Autónoma de México). En los años ochenta y noventa los círculos de intelectuales gozaban de una mayor autonomía al no depender más del financiamiento de los periódicos o

---

17 El concepto de salinismo incluye a todos los actores sociales que contribuyeron a la planeación, concepción y realización de un proyecto de modernización en México. Se trata de políticos, empresarios, científicos, intelectuales y tecnócratas, que al lado del presidente Carlos Salinas de Gortari, a partir de 1989, intentaron materializar sus visiones de la modernidad reestructurando la economía en un sentido neoliberal y tratando de transformar una serie de instituciones sociales y políticas.

18 Esto era posible gracias a la reestructuración de la Secretaría de Educación Pública y sus dependencias, al control sobre el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, el Sistema Nacional de Investigadores y el Sistema Nacional de Creadores Artísticos, mediante la creación de nuevas instancias para planear, regular e implementar las políticas culturales como el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, así como a través de la ingerencia estatal en la Academia de Investigación Científica, el Consejo Consultivo de la Ciencia y la Fundación Nacional de Investigación (Casas/Gortari 1997: 152-155).

las revistas en las que publicaban. Seguían dependiendo, sin embargo, del capital político para tener acceso a los recursos culturales, pero en relación a su reproducción interna tenían muchas libertades, ya que estaban estructurados como empresas lucrativas dueñas de revistas (*Nexos*, *Vuelta*) y editoriales (Cal y Arena, Clío, *Vuelta*). Poseían además cierta influencia sobre algunos periódicos (*Unomásuno*, *La Jornada*, *Reforma*, *El Nacional*), tenían acceso a la televisión (Televisa y Canal 22 del Estado) y su esfera de influencia abarcaba universidades (Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México) e instituciones culturales importantes (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), así como algunos de los mecanismos que regulan el acceso a los recursos culturales (Sistema Nacional de Investigadores, Sistema Nacional de Creadores Artísticos). En este contexto de modernización se puede constatar un grado mayor de diferenciación y profesionalización de las prácticas intelectuales que coincide con un fortalecimiento de la autonomía en el campo intelectual y con el desarrollo de dispositivos para controlar los medios de producción de la cultura. Los grupos de intelectuales mejor organizados, como *Vuelta* y *Nexos*,<sup>19</sup> logran adquirir mucho poder sobre la producción, distribución y venta de las mercancías culturales y sobre algunas instituciones científicas y culturales a raíz de que reciben el apoyo del gobierno. A cambio de esto se comprometen a invertir su capital simbólico para legitimar el proyecto de modernización salinista a fines de los ochenta y principios de los noventa (Zapata Galindo 2002: 85-112).

Entre la primera y la segunda etapa de desarrollo (1930-1970 y 1970-1988) el acceso al campo científico y cultural no estaba reglamentado por mecanismos de autorización o de censura uniforme. Cualquier individuo podía autodesignarse como científico, artista o escritor. Como los mecanismos para acumular capital simbólico no estaban reglamentados por el propio campo y dependían en gran medida de factores externos, como el poder social o político, y como no era tan importante permanecer dentro de un campo específico, los

---

19 Los grupos *Vuelta* y *Nexos* se fundaron respectivamente en 1976 y 1978, logrando convertirse a fines de los años ochenta en empresas lucrativas, para finalmente lograr establecerse en los años noventa en el terreno de los medios de comunicación electrónica y convertirse en los grupos de intelectuales más hegemónicos del país.

científicos y creadores artísticos circulaban entre diversos subcampos (universitario, científico, periodístico, político, literario). Mientras el campo tenía poca autonomía, el poder político o administrativo determinaba las vías para el reconocimiento y el prestigio. Es a partir de la tercera etapa (1989-2000) en que el capital cultural se vuelve fundamental para la configuración del capital simbólico a raíz de que el salinismo, en el contexto de su proyecto modernizador, le da una gran importancia al introducir nuevos mecanismos para la evaluación de la producción científica y cultural que se volvieron determinantes para posicionar a los intelectuales en la jerarquía del campo (Escalante/Jiménez 1999: 54-56). Cuando la autonomía aumenta, las reglamentaciones inherentes al campo se vuelven entonces determinantes, con lo que se produce una diversificación y especialización mayor de las prácticas científicas y/o culturales que debilitan la dependencia del campo intelectual del Estado y sus aparatos e inciden positivamente en la calidad de la producción intelectual.

La resistencia frente al poder político apoya a la producción científica y cultural a desarrollar nuevas estrategias para afirmarse en la sociedad. En el momento que empieza a expandirse el mercado cultural dentro de la nueva economía de mercado, la aceptación social del trabajo científico y cultural se convierte cada vez más en un factor significativo para la acumulación de capital simbólico, que conduce a los actores a buscar una mayor presencia en el espacio público y a utilizar cada vez más los medios de comunicación electrónica. Al principio la utilización es meramente estrategia de poder que contribuye al establecimiento de un seudoespacio público, que estaba sólo al servicio de los grupos intelectuales más poderosos y de la élite política y no se participa aún en la construcción de un espacio público democrático y abierto para todos los actores de la sociedad civil.<sup>20</sup>

Algunos indicadores que permiten medir la dependencia del campo intelectual del político, como son la injerencia de planteamientos

---

20 Se puede constatar un cambio radical a partir del levantamiento de los zapatistas en Chiapas en el año de 1994. La fuerte movilización de la sociedad civil que se produjo como manifestación de solidaridad con la población indígena llevó a plantear demandas radicales de democracia. En este contexto los intelectuales se vieron obligados a tomar posiciones en un espacio público que ahora ya no estaba dominado por sus discursos, sino por el movimiento zapatista y por los actores de la sociedad civil.

políticos externos que se observan en la fuerte politización de algunos segmentos del campo cultural, han disminuido a raíz de la profesionalización y modernización ocurrida durante la tercera etapa.<sup>21</sup> Las esferas que no han podido ser despolitizadas son precisamente aquellas en donde la política estatal, o la ideología política no se tratan de legitimar por principios políticos, sino de acuerdo con la objetividad de procesos científicos o culturales. Otro problema que muestra la forma híbrida que toma la autonomía relativa del campo intelectual se observa en la estructura que adquiere la competencia entre actores e instituciones, cuando es deformada por la intervención de poderes externos, es decir, cuando la censura social se disfraza de científica o cultural y cuando la argumentación científica o estética encubre el abuso del poder social o político.<sup>22</sup> Se puede observar en los últimos años, sin embargo, que en el reparto de los premios, los puestos y el reconocimiento ya se ha impuesto la tendencia a darle más importancia al capital cultural en forma de títulos o de producción científica y artística, así como al prestigio, aun cuando el capital político y social aún sigue siendo decisivo y logra influir en las decisiones de los jurados de las comisiones que otorgan los premios y los reconocimientos.

A través del estudio de la significación del capital político y social para la acumulación del capital simbólico se puede comprender cómo ciertos actores han conseguido puestos sin alguna calificación pertinente. Se ha vuelto, sin embargo, reprobable el que científicos o creadores artísticos no calificados tengan el poder de decidir sobre el acceso a posiciones prestigiadas o sobre la distribución del reconocimiento simbólico. En algunas ocasiones, y muchas se pudieron observar todavía en los años noventa, parecía que los premios se otorgaban más para premiar la entrega y lealtad política que el mérito científico y cultural. El campo político ha conservado hasta hoy su poder de intrusión en la determinación de las jerarquías del campo intelectual, a partir de que controla aún el acceso a una gran parte de los recursos

---

21 Ejemplo de esto lo encontramos en las disciplinas que permitieron la fuerte politización de algunas de sus especializaciones, como la historia política, la sociología política, la economía política y la administración pública.

22 Un ejemplo de esto lo tenemos en las decisiones para premiar a los candidatos ganadores del Premio Xavier Villaurrutia, del Premio Nacional de Periodismo y del Premio Nacional de Ciencias y Artes (Zapata Galindo 2002: 241-250, 273-275).

culturales y científicos mediante mecanismos institucionales estratégicos y políticas culturales (Zapata Galindo 2002: 113-132).

El desarrollo del campo intelectual en México ha sido dependiente de la política, pero esto no ha implicado un sometimiento absoluto a la dominación del Estado. Éste ha sido para los intelectuales un punto de referencia vital, debido a que se constituyó como la instancia central de reconocimiento, como el principal consumidor de la producción de sentido, como el mercado de trabajo más importante para técnicos, asesores, expertos y creadores, así como el administrador central de los recursos materiales, culturales y simbólicos.

El estudio de las prácticas intelectuales en los últimos treinta años en México muestra que la jerarquía sociopolítica era más importante que la cultural. En la medida que va adquiriendo importancia el capital cultural, en forma de títulos y reconocimientos de la producción científica y cultural, se va imponiendo, en los años noventa, una jerarquía cultural basada en la autoridad científica o artística y en la prominencia intelectual, aunque la jerarquía sociopolítica no pierde su significado para las estrategias reproductivas del campo intelectual. Ambas jerarquías dependieron mucho tiempo de la política y sólo a través del aumento de la autonomía del campo intelectual empezó a disminuir la influencia de aquélla. En los últimos años el capital político ha ido perdiendo valor para la acumulación del capital simbólico, y sólo el capital en relaciones sociales institucionalizadas sigue siendo determinante, con lo que la importancia del capital económico se vuelve significativa en el campo intelectual.

Algunos elementos que han influido en positivamente el desarrollo de la autonomía tienen que ver con el proceso de democratización reciente y con la reestructuración neoliberal de la economía. A través de la privatización de empresas estatales los medios han podido liberarse de la censura política, que originalmente se dirigía más que nada en contra de la televisión, la radio y el cine, mientras que los libros, revistas y periódicos gozaban de libertad. Sin embargo, los intelectuales sabían dónde estaban los límites y practicaban la autocensura. El seudoespacio público que existía estaba controlado por reglas informales que garantizaban que la producción simbólica que circulaba dentro de él no rebasara los marcos establecidos por la censura estatal, por lo que los intelectuales callaban acerca de aquello que el Estado

pretendía ocultar.<sup>23</sup> Hoy existe en México una gran libertad para la prensa, aun cuando todavía no hay una ley para reglamentarla en un contexto democrático. Los intelectuales se interesan ahora más que nunca por la transparencia política y tienen plenas libertades, sin embargo, empiezan a sentir al mismo tiempo los efectos de las dinámicas que desata el mercado libre sobre los recursos culturales. En este contexto algunos intelectuales prefieren seguir dependiendo del Estado y están dispuestos a sacrificar la autonomía ganada porque sienten que no pueden defender los recursos y las mercancías científicas y culturales desde la nueva lógica del mercado. Algunos grupos de intelectuales lograron dentro de estas dinámicas ampliar sus espacios de acción y adaptarse a las nuevas condiciones del mercado, mientras que otros se debilitaron al volverse dependientes de intereses particulares que ponen límites a la autonomía que habían conquistado.<sup>24</sup>

El imaginario de los intelectuales mexicanos se basa en la definición que ellos dan sobre su función. Según ésta, ellos no sólo son portadores de saber, sino también actores sociales comprometidos con la transformación de la sociedad. En un diálogo permanente con el poder, que se manifiesta en la continua producción de discursos que intervienen en el campo político, tratan de llamar la atención a un

---

23 Ciertamente no todos los intelectuales se sometían a la dinámica de la autocensura, así como había otros que a veces violaban las leyes informales del sistema. El Estado reaccionaba en algunas ocasiones con represión porque temía un desequilibrio del sistema. En otros momentos toleraba las transgresiones, sobre todo en las fases en las que se daban las aperturas de los espacios políticos. Dentro del seudoespacio público, sin embargo, se podía hablar prácticamente de todo y hasta criticar la política estatal sin esperar censura alguna por parte del gobierno. Esto no excluía las represalias de políticos que consideraban había sido dañada su imagen y reputación. Un ejemplo de esto lo tenemos en la persecución de Daniel Cosío Villegas por parte de Gustavo Díaz Ordaz, así como la de Julio Scherer García por parte de Luis Echeverría (Camp 1988: 266-270; véase también Leñero 1994: 25-47).

24 A raíz de la reestructuración neoliberal y las políticas de privatización se han diversificado las fuentes de financiamiento y las inversiones en los diferentes medios masivos de comunicación, con lo que las líneas políticas e ideológicas de algunas empresas en este terreno se han ido modificando paulatinamente. Con la ingerencia del capital internacional se teme además el sometimiento de la cultura a las dinámicas del consumo, con lo que algunas esferas se verán desplazadas o completamente excluidas.

interlocutor político privilegiado,<sup>25</sup> al que esperan comunicarle sus ideas acerca de la transformación del Estado, de la sociedad y acerca de cómo hacer política. Con esto participan en la construcción del consenso político y cultural de la nación de diversas maneras: mientras el campo intelectual todavía no era autónomo, la lógica política intervenía en el campo cultural y los intereses políticos aparecían en el campo intelectual sin mediación alguna. Por otra parte, los propios intelectuales se integraban al campo político e intentaban materializar sus ideas trabajando como funcionarios o asesores políticos.<sup>26</sup> Una vez que el grado de autonomía relativa aumentó, las influencias externas empezaron a ser traducidas a la lógica del campo, con lo que se volvieron cada vez más irreconocibles. Esto significaba para los intelectuales que, a medida que aumentaba el grado de la autonomía relativa, sus prácticas se orientaban cada vez más hacia la lógica cultural. Aquí se puede constatar un desplazamiento, ya que los intelectuales seguirán contribuyendo a la construcción del consenso político, pero ahora le irán dando más importancia a hacerlo en el marco de sus prácticas específicamente culturales y científicas, demarcando a su vez los límites entre lo cultural, lo científico y lo político.

En los últimos años se observa un nuevo distanciamiento de los intelectuales frente al Estado a raíz de la crisis económica y de la nueva crisis de legitimidad del partido de Estado, de la fuerte movilización y organización de actores sociales dentro de la sociedad civil, de los efectos de la globalización en la política y la cultura, así como a partir de las repercusiones del levantamiento indígena en Chiapas

---

25 Se trata del presidente de la República, ya que los intelectuales parten de que es la persona que concentra el mayor grado de poder y por lo tanto la única que puede modificar las estructuras sociales, políticas y económicas del país.

26 En su estudio sobre los intelectuales mexicanos entre 1920 y 1980, Roderic Ai Camp llegó a los siguientes resultados en torno a las actividades políticas que éstos realizan: el 53% de los intelectuales prominentes trabajaban en el gobierno como funcionarios o asesores. De éstos, el 46% tenía un puesto en la burocracia federal, el 25% era miembro de algún partido político y el 20% eran senadores, diputados o funcionarios de partido o sindicato (Camp 1988: 39). Partiendo de mi propia investigación sobre los intelectuales entre 1980 y 2000, se obtiene el siguiente cuadro: 58,9% de los intelectuales prominentes trabaja como funcionario o asesor para el gobierno; 39,5% tiene un puesto en la burocracia federal; 14,8% es miembro de algún partido político y el 11,9% son senadores, diputados o tienen puestos dentro de un partido político (Zapata Galindo 2002: 71-72, 241-249).

sobre el proceso de democratización y sobre las prácticas políticas en México. Las prácticas culturales que ya habían sido transformadas por el proceso de institucionalización y profesionalización de la ciencia y la cultura han empezado a disminuir el valor y la fuerza de las relaciones recíprocas de lealtad en las que se apoyan los grupos de intelectuales y políticos y a abrir caminos para otro tipo de vínculos entre los intelectuales y el partido de Estado, que han sido ya aprovechadas por el presidente actual de México, Vicente Fox, el cual también ha recurrido a prácticas típicas del sistema político para acercarse a los intelectuales y comprometerlos con su proyecto de alternancia política.<sup>27</sup> También ha habido una fuerte reorientación, cambio de filiaciones políticas y migración entre el partido de Estado y la oposición, ya que a raíz de los cambios políticos recientes la lucha por el control sobre los recursos culturales se ha vuelto nuevamente actual.<sup>28</sup>

En comparación con las prácticas intelectuales de los años setenta se puede observar que en las épocas en las que el gobierno podía limitar la libertad de prensa y controlaba a la sociedad civil mediante estructuras corporativas y clientelistas, los intelectuales intercambiaban sus ideas entre sí y las élites políticas en un seudoespacio público que era a veces confundido con la sociedad civil.<sup>29</sup> Cuando los intelectua-

---

27 A partir de 1988 se empieza a observar un desplazamiento de intelectuales hacia los partidos de oposición, al Partido de la Revolución Democrática (PRD) y al Partido Acción Nacional (PAN) y de la oposición al Partido de la Revolución Institucional (PRI). A partir de 1994 se intensifica la migración hacia diferentes partidos políticos de oposición y en el año 2000 alcanzan los desplazamientos su nivel más alto hacia el PAN y el foxismo (Zapata Galindo 2002: 149).

28 Durante y después de su campaña electoral Vicente Fox trató de acercarse a los intelectuales haciendo uso de los canales y métodos tradicionales. Se empezó a discutir en torno a una nueva reestructuración del campo cultural y se invitó a todos los intelectuales a participar en ésta. Algunos de los grupos de intelectuales intentaron posicionarse a la mayor brevedad al lado de Vicente Fox con la esperanza de conquistar el liderazgo cultural. Una vez en el poder, Fox decidió poner al frente de la cultura a una figura que estaba ubicada fuera del campo cultural, y renunció a sus planes para fundar una Secretaría de Cultura, con lo que decepcionó a muchos intelectuales. Sería muy prematuro el querer deducir de estas acciones cambios en la relación de los intelectuales con el poder. Lo más importante es que Fox, al igual que sus predecesores (Salinas de Gortari y Zedillo), no se ha atrevido a reducir el presupuesto para ciencia y cultura de manera significativa, ni a modificar las estructuras que determinan los vínculos entre el Estado y la cultura.

29 La sociedad civil no es concebida en este artículo como un estado permanente, sino como un contexto funcional en el que se lucha por la construcción de la

les eran presos del nacionalismo estatal trabajaban para construir el consenso político y social integrando en sus discursos legitimadores elementos de las formas de vida y culturas populares. Con esto se convirtieron en arquitectos de una tradición nacionalista que se apoyaba en el mito fundacional del Estado posrevolucionario mexicano (Bartra 1989: 191-200). Aun cuando los intelectuales pronto pudieron superar este nacionalismo, sus discursos y sus prácticas siguieron siendo funcionales para el poder político, porque no podían desprenderse del discurso en torno a la Revolución mexicana, que también era el punto de referencia del Estado nacionalista. A finales de siglo XX y en parte debido al avance de la transición democrática en México, los intelectuales pueden competir unos con otros para imponer sus visiones de la sociedad como formas de conocimiento y de discurso dominantes. Pueden hacer esto sólo porque hoy actúan dentro de una sociedad civil que cada vez se vuelve más plural y demanda de ellos el asumir su función como organizadores colectivos de la sociedad.

### Bibliografía

- Bartra, Roger (1989): "La crisis del nacionalismo en México". En: *Revista Mexicana de Sociología*, 51/3, México, pp. 191-220.
- Bourdieu, Pierre (1992a): "Ökonomisches Kapital – Kulturelles Kapital – Soziales Kapital". En: Bourdieu: *Die Verborgenen Mechanismen der Macht*. Hamburg: VSA-Verlag, pp. 49-79.
- (1992b): "Das intellektuelle Feld: Eine Welt für sich". En: Bourdieu: *Rede und Antwort*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 155-166.
- (1998a): "Anhang: Die 'sowjetische' Variante und das politische Kapital". En: Bourdieu: *Praktische Vernunft. Zur Theorie des Handelns*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 28-32.
- (1998b): "Das symbolische Kapital". En: Bourdieu: *Praktische Vernunft. Zur Theorie des Handelns*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 108-114.
- (1998c): *Vom Gebrauch der Wissenschaft. Für eine klinische Soziologie des wissenschaftlichen Feldes*. Konstanz: Universitätsverlag Konstanz.
- (1999): *Die Regeln der Kunst. Genese und Struktur des literarischen Feldes*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Bourdieu, Pierre/Wacquant, Loïc J. D. (1996): *Reflexive Anthropologie*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.

- Braig, Marianne (1999): *Sehnsucht nach Legitimation. Zum Wandel populistischer Politik in Mexiko*. Habilitationsschrift Fachbereich Politik- und Sozialwissenschaften der Freien Universität Berlin (manuscrito inédito).
- Camp, Roderic Ai (1988): *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México: FCE.
- (1991): “Intellectuals and the State in Mexico, 1920-1980: The Influence of Family and Education”. En: Camp et al. (eds.), pp. 551-568.
- (1996): *Reclutamiento político en México 1884-1991*. México: Siglo XXI.
- Camp, Roderic Ai et al. (eds.) (1991): *Los intelectuales y el poder en México*. México: El Colegio de México.
- Casas, Rosalba/Gortari, Rebeca de (1997): “La vinculación en la UNAM. Hacia una nueva cultura académica basada en la empresariedad”. En: Casas/Luna (eds.), pp. 163-228.
- Casas, Rosalba/Luna, Matilde (eds.) (1997): *Gobierno, academia y empresas en México. Hacia una nueva configuración de relaciones*. México: Plaza y Valdés Editores/UNAM.
- Castañeda, Jorge G. (1999): *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*. México: Alfaguara.
- Escalante, Juan C./Jiménez, Jaime (1999): “Los estímulos a la productividad académica individual y la producción real en ciencia y tecnología en dos países latinoamericanos: México y Venezuela”. En: *Acta Sociológica*, 25, pp. 45-60.
- Fuentes, Carlos et al. (1972): “México 1972. Los escritores y la política”. En: *Plural*, 13, pp. 21-28.
- Gilardi, María (1992): “La redefinición del modelo de desarrollo económico, el tratado de libre comercio y sus repercusiones en la educación”. En: *Acta Sociológica*, 6, pp. 119-134.
- Gramsci, Antonio (1992): *Gefängnishefte*, cuadernos 6-7. Hamburg: Argument.
- (1999): *Gefängnishefte*, cuadernos 22-29. Hamburg: Argument.
- Hernández Rodríguez, Rogelio (1997): “Los grupos políticos en México. Una revisión teórica”. En: *Estudios Sociológicos*, 15/45, pp. 691-739.
- Jehle, Meter (1994): “Hegemoniethoretische Defizite der Zivillgesellschaftsdebatte. Zur Kritik an Sabine Kebir und der Habermasschule”. En: *Das Argument*, 36/206/4/5, pp. 513-527.
- Leñero, Vicente (1994): *Los periodistas*. México: Joaquín Mortiz (1ª ed. 1978).
- Lomnitz, Larissa (1976): “Carreras de vida en la UNAM”. En: *Plural*, 54, pp. 18-22.
- (1995): *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. México: Editorial Porrúa.
- Luna, Matilde (1997): “Modelos de coordinación entre el gobierno, el sector privado y los académicos”. En: Casas /Luna (eds.), pp. 63-70.
- Martínez Della Rocca, Salvador (ed.) (1992): *Educación superior y desarrollo nacional*. México: UNAM.
- Medina Viedas, Jorge (1998): *Élites y democracia en México*. México: Cal y Arena.

- Monsiváis, Carlos (1976): "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX". En: *Historia General de México*, t. 4. México: El Colegio de México, pp. 303-476.
- Paoli Bolio, Francisco José (ed.) (1990): *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: UNAM.
- Sefchovich, Sara (1987): *México: País de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*. México/Barcelona/Buenos Aires: Grijalbo.
- Smith, Peter H. (1981): *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México.
- Suárez Fariás, Francisco (1991): *Élite, tecnocracia y movilidad política en México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Valenti Nigrini, Giovanna (1990): "Tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México". En: Paoli Bolio (ed.), pp. 431-470.
- Villaseñor García, Guillermo (1992): "Educación superior: planeación y realidad, 1980-1990". En: Martínez Della Rocca (ed.), pp. 93-130.
- Volpi, Jorge (1998): *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era.
- Zapata Galindo, Martha (2002): *Der Preis der Macht. Intellektuelle, Staat und Demokratisierungsprozesse in México*. Habilitationsschrift am Fachbereich Politik- und Sozialwissenschaften der Freien Universität Berlin (manuscrito inédito).